

LA MÚSICA DEL PIANO

Me sorprendió mucho conocer aquella historia de amor y sentimientos encadenados a la música. A esa música que nace en el fondo del alma y se transforma en todo lo que el corazón anhela cuando hay en ella sensibilidad, ternura y pasión. Es esa música que te transporta por encima del tiempo, que te hace viajar a lugares recónditos, por mares inquietos, por las cumbres nevadas de lejanas montañas, por paisajes de ensueño, por noches románticas con amor y delicadeza, que te llevan a otra dimensión más limpia y delicada, donde el amor es eterno, donde viven la felicidad, la melancolía y la nostalgia. Donde no hay dolor, ni soledad, ni el último adiós de cuando todo acabe... porque no acaba nunca. No hay ninguna frontera para la imaginación ni la creatividad, puedes viajar a la cara oscura de la luna, a las órbitas de Saturno, a la profundidad del mar, a barcos hundidos en los océanos del mundo, viajar al pasado, más allá de la frontera, puedes volar entre las auroras boreales, descubrir el corazón de las rosas, escuchar la música del cosmos, penetrar en los pensamientos de ella. Sus notas desgranar el estado del alma, recogen las sensaciones profundas del ser, que por ser sinceras son divinas. Sentimientos de amor, odio, felicidad, desgracia, anhelos, soledades... y todas esas sensaciones, vertidas en notas que son melodías, llevan marcadas el traje nítido

del alba. Aunque sean sensaciones viejas, aunque lleven notas usadas, en esos momentos todo se estrenaba.

Siempre creí que la música era la única manifestación libre, quizás artística, del alma. Nace de sentimientos y se modula según la grandeza y la profundidad de esa parte de la mente en la que vive la inmortalidad. Esa parte de la mente humana que muchísimas veces no se descubre, y entonces, dormida, cuando acaba el tiempo otorgado por los dioses, el secreto no descubierto se escapa como el agua entre los dedos... hacia el mar.

Me conmovió escuchar aquella historia en aquel viejo mesón cerca del pequeño puerto. Recorría el Mar del Norte por aquella recóndita carretera llena de piedras, charcos, badenes, donde el peligro acechaba en cualquier curva. Era una carretera estrecha, batida constantemente por el viento húmedo y frío del mar. Muy poca vegetación la cubría, casi todo eran rocas desnudas abandonadas al azar de las tormentas. Transitaba junto a ese mar bravío que daba un color gris al paisaje. En algunas curvas quedabas colgado en un promontorio sobre la escarpada costa, incapaz de frenar la marea. Allí no había playas arenosas, todo era brusco e indómito. De vez en cuando algún solitario faro aparecía por el horizonte dando luz al paisaje. A ese paisaje gris que trae un mar indomable y tormentoso en el que se refleja ese mismo color del cielo. Por allí vive la tempestad y solo en la pleamar se pueden observar los centenares de rocas y bajos que normalmente suele esconder la marea peligrosamente a los navegantes. No es ruta de barcos, ni siquiera de pesqueros. Es una zona marítima muy peligrosa. En algunos sitios, la costa es tan abrupta y accidentada que el eterno golpeo de las olas ha creado en ella cuevas y cortadas que son un auténtico peligro para los navegantes. Las quebradas y los riscos caen empinados hacia el mar, que en su continuo combate crea grutas, cavernas y arcos que al penetrar las olas forman en su superficie una corriente marina irregular y peligrosa. Hay zonas

en las que los acantilados emergen ochenta metros de altura sobre el mar y continúan por debajo de la superficie ochenta metros más. Ochenta metros de caída libre, vertical, que con tan solo mirarlos produce vértigo. Desde un mirador a pocos metros de la solitaria carretera se pudo observar un paisaje costero inmenso. Una sucesión de acantilados y cabos moldeados por las olas de un océano habitualmente embravecido, cada cual más escarpado, cada cual más virgen.

Hacía ya cinco horas que habíamos salido de la carretera general. Mi pareja y yo, aunque pretendíamos llegar al Cabo Norte, preferimos ver el paisaje de la costa este de Noruega, de ahí que decidiéramos salir de la carretera general y penetrar por estrechas carreteras mojadas, lejos de las poblaciones. Cinco horas llevábamos por ella, cuando en una de las curvas, que parecía un puerto, observamos en una pequeña bahía una aldea. Bajamos hacia ella, por lo que tuvimos que separarnos de la costa y cruzar un valle interior donde la naturaleza no sobresalía por su espléndida vegetación, que seguía pegada a la tierra como resguardándose del clima. Todo estaba mojado. El agua rezumaba por doquier, por rocas, quebradas, madrigueras, hondonadas... Cuando terminamos de bajar anduvimos cinco kilómetros por una húmeda llanura entre montañas que nos llevó a un cruce de caminos por el que se accedía a aquella aldea, antiguamente, de pescadores. Poca vida había en ella, solo gente mayor. «La juventud se fue a la ciudad en busca de trabajo y alegría», nos comentó el mesonero. Algo más de media docena de habitantes guardaban aquella aldea en la que dos tercios de las casas de piedra estaban vacías o abandonadas.

Nos sentaron bien aquellas cervezas calientes que nos ofrecieron. Nos presentamos como turistas que íbamos buscando hermosos paisajes para fotografiarlos. Tras dos cervezas más estábamos ya prácticamente en familia. Nos hablaron del origen pesquero de la localidad como base de aprovisionamiento de los barcos pesqueros, sobre todo cuando había ballenas por allí. Al irse ellas todo

cayó y comenzó la emigración. «Hubo una época que aquí vivieron un centenar de habitantes dedicados a la pesca», comentó el farero del pueblo. Ahora ya todo es historia. Fue un pueblo agraciado por la pesca entonces y resto de lo que fue su grandeza podía observarse en las paredes de aquella vieja taberna. Parte de esqueletos de ballena colgaban de las grandes vigas de madera del techo y en sus toscas paredes de piedra colgaban viejas fotos que guardaban las huellas del ayer.

—Hoy, es una localidad solitaria y olvidada que morirá con nosotros —señalaba el otro farero del cabo de las tormentas, situado a seis kilómetros por la costa hacia el oeste.

—Hubo una época, ya lejana, en que esta aldea gozó de fama por su actividad pesquera y por su belleza, coincidió con el periodo en que se construyó la carretera por la que habéis conducido. Entonces era una gran carretera, casi todas las del país eran iguales, y por aquí aparecieron artistas, pintores y fotógrafos que desde la ventana sur de este bar o desde el montículo del faro pintaron o copiaron paisajes marinos maravillosos que todavía se encuentran en muchos almanaques. También vino un gran compositor, Savag, con su mujer, de la que estaba muy enamorado. Construyeron una bella mansión en la alta colina del este, en un extremo sobre el mar. Dio mucha importancia a este lugar y gentes importantes acudieron aquí invitados por el compositor y su mujer. Llegaron a crear una tradición aquí. Cuando invitaban para cenar era obligatorio llevar frac o chaqué y ellas traje de fiesta de gasa o de tul, con velo y alguna prenda roja. El compositor recibía con un cigarro cubano auténtico para él y una rosa amarilla para ella. Después de la cena tocaba y grababa una de las últimas melodías que había compuesto y después, en medio del gran salón de mármol y cristal bailaba con su mujer la melodía que había grabado. A veces se le sumaban los invitados, pero la mayoría de las veces bailaban solos, ya que era tan hermosa la pareja que formaban, tan elegante los pasos de baile

que daban y los giros de la danza que hacían, que los invitados no querían interferir en el espléndido cuadro que creaban. Después los invitados se llevaban una copia de la melodía y podían volver a escucharla cuando bajaban por el camino que unía la mansión con el cruce que hay en las afueras de la aldea. Ya es difícil el acceso a la mansión. Cuando murieron sin hijos, ella no era fértil, cercaron la mansión y abandonaron el camino de acceso. El tiempo y la naturaleza hicieron el resto. La naturaleza lo invadió todo e hizo desaparecer el camino. Muchas de sus mejores melodías de piano que aún se escuchan, nocturnos y sonatas, las compuso allí; era un placer enorme escuchar las notas del piano cuando había luna llena...», contaba el tabernero cuando el farero local lo interrumpió con la mirada perdida en la jarra de cerveza, murmurando: «Aún hoy es hermoso oírlas, en las noches de luna llena cuando te extravías por allí cerca en la madrugada...».

La verdad es que aquella frase me sonó extraña. Miré al tabernero y me señaló a la cerveza como responsable de la frase... Tras una sopa de pescado caliente y un poco de salazón regado con cerveza local, el tabernero nos ofreció una habitación para evitar que tuviéramos que viajar de noche, con aquella lluvia y por aquellas carreteras y, tal vez, con una copa de más. «Así mañana, con la luz del día, podréis fotografiar los maravillosos paisajes que hay en la localidad por la carretera del oeste...».

Se durmió bien. El frío, la lluvia y el viento son buenos calmantes para el descanso, aunque no evitó que pensara un poco en la historia que nos contó.

Por la mañana, junto a una taza de café fuerte y un bizcocho casero, charlamos un rato con el tabernero. Le preguntamos por el final de la pareja. Comentó con cierta melancolía que ya con una edad avanzada el compositor murió de un infarto junto al piano y ella le acompañó en su tumba, cerca de la galería-mirador, dos años más tarde. Durante ese tiempo ella no salió nunca del recinto,